

## **DOMINGO DE PENTECOSTÉS**

**1ª lectura** (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron de Espíritu Santo.*

**Salmo** (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Todos hemos sido bautizados.*

**Evangelio** (Juan 20, 19-23): *Paz a vosotros.*

*Cuando conseguí dejar de fumar recuperé dos de mis sentidos; uno fue el gusto: cómo saboreaba las comidas, las bebidas y las vidas que crecían a mí alrededor. El otro fue el olfato: las plantas, las colonias, los aromas, las flores, el campo, el aire; olores que me recordaban otra época de mi vida, de otros encuentros, en otros lugares. Ha pasado el tiempo “ya no soy el de antes”; me cansan las caminatas y tengo que conformarme con algunos paseos. ¡Me falta el aire!, digo cuando el “fuelle” se acelera o parece que el corazón se me quiere parar.*

*Todos estos cambios que vamos viviendo a lo largo de la vida, ayudan a notar lo importante que son para una mayor conciencia de lo que eres, de lo que haces y de lo que de verdad necesitas tener para llegar a ser lo que realmente quieres ser. Porque cuando no eres consciente de los cambios no haces sino repetir lo de siempre con el ropaje de las novedades. ¿Qué es sino el paisaje urbano con terrazas de plazas y autobuses repletos de personas “comunicando” banalidades a través de los teléfonos móviles?*

*Un “aroma distinto” invade el ambiente en el que vivimos cuando nos encontramos con personas capaces de relacionarse con cualquier otra, sea como sea; con cualquier ser vivo, por cualquier acontecimiento social, por cualquier situación y hacerlo sin afán de dominar nada ni a nadie, respetando lo diferente a uno mismo, sin querer sacarlo de su ambiente y colocarlo a tu servicio o tratando de exprimirlo en beneficio propio.*

*Entonces, y solo entonces, podemos afirmar que la vida está transcurriendo por los cauces “naturales” que permiten que la vida transcurra y se desarrolle con toda normalidad.*

Resulta curioso, a la par que chocante, que el tiempo de Cuaresma desemboque en salida a playas y pueblos, a procesiones en las calles, y el tiempo de Pascua esté “ocupado” por las preparaciones, realizaciones y festejos puntuales de la FIESTA de la primera comunión; que son culto al consumo, al estómago y a una familia tribal que ya no vivimos casi nadie. Algo está fallando en la comunidad de creyentes. En muchas parroquias seguimos adoctrinando a niños y niñas, durante dos cursos, y a los padres, con unas charlas que aguantan estoicamente para que no se enfade el cura y les deje sin fiesta; porque “ya se sabe cómo está el clero”.

Seguimos en las iglesias con las puertas y ventanas cerradas. Sin salir a la calle y ver la situación de nuestros convecinos. No nos inquieta la falta de discernimiento, por parte de la mayoría de adultos, a la hora de plantearse la vida familiar, la vida de pareja y la educación de los hijos. Permanecemos encerrados en nuestras seguridades de siempre; “aquí estamos para quien nos necesite, y cuando vengan, los atenderemos lo mejor que podamos”. Resulta difícil cambiar un horario o suprimir alguna celebración porque siempre acude gente; aunque sean cada vez menos y más mayores.

El “siempre se ha hecho así”, el “no nos hacen caso”, el “descenso de la práctica de los sacramentos: bautizos, comuniones y bodas” están reduciendo a mínimos la práctica pastoral de nuestras parroquias. Y seguimos encerrados en lo nuestro.

Los domingos de Pascua nos han ido predisponiendo para este gran acontecimiento que es Pentecostés: Mujeres y discípulos quieren ver claro; discípulos que dudan; otros que se apartan de la comunidad. El buen pastor que da vida; la vida de los sarmientos; el Padre que nos ama como Jesús...

La Iglesia sigue necesitando el soplo nuevo del Espíritu de Jesús para que, como lo hicieron los discípulos primeros, salgamos a proclamar a los hombres y a las mujeres de hoy la buena noticia del Evangelio que nosotros hemos experimentado.

Llenos de valor para enfrentarnos a los poderosos y a las estructuras que impiden el desarrollo de pueblos y personas, la Iglesia de Jesús, y las diferentes comunidades que la componemos, conviene que hablemos de nuestra misión en el mundo. Todo el pueblo de Dios, solidario con «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (Gaudium et spes, 1), hacemos presente el proyecto de Jesús, el Reino de Dios.

Cuando somos conscientes de haber recibido de Dios su Espíritu, ya no podemos permanecer llenos de miedo; estamos rebosantes de vida y somos capaces de compartir esa vida nueva con los demás. Nuestra vida común se construye a partir de esos dones del Espíritu, que son múltiples y diversos. Toda la comunidad debemos estar dispuestos a entregar lo que nos ha sido regalado para el bien común y, así, poseer lo que necesitamos para «ser como nuestro Dios, Padre-Madre».